EL HOMBRE GORDO.

CAPRICHO CÓMICO ORIGINAL

EN UN ACTO,

por D. Manuel Breton de los Herreros.

Se representó por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 6 de Enero de 1835.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,
Calle de Segovia, núm. 6.

1845.

PERSONAS.	ACTORES.
D. Gerónimo	*D. Luis Fabiani.*
D. Luis	*D. Pedro Mate.*
D. Esteban	*D. Julian Romea.*
Rosita	*Doña Joaquina Baus.*
El Administrador	*D. Vicente Hernandez.*
D. Alberto	*D. Antonio Rubio.*
D. Facundo	*Doña Patrocinio Infantes.*
D. Cesar	*Doña Teodora Lamadrid.*
D. Lucas	*Doña Maria Fabiani.*
D. Venancio	*D. Pedro Lopez.*
Doña Quiteria	*Doña Gerónima Llorente.*
Lupercia	*Doña Concepcion Lapuerta.*
Tomas	*D. José Lledó.*

La escena es en Madrid.

Acto único.

El teatro figura el despacho de billetes de una empresa de coches-diligencias. A la derecha un mostrador con papeles; escribanía etc.: á la izquierda una puerta: en el foro otra mas grande que dá á un patio, y junto á ella se verá de costado una góndola capaz de trece asientos. En el escenario habrá algunas sillas y en diferentes lugares maletas, cofrecillos, sacos de noche, etc. Al levantarse el telon aparece el Administrador escribiendo y dando órdenes, y varios mozos que recogen los indicados efectos y los van colocando en la vaca de la góndola.

ESCENA PRIMERA.

El Administrador, *Mozos.*

Administrador. Vamos; daos prisa muchachos. La hora de marchar se acerca, y es preciso servir al público con puntualidad si hemos de acreditar este nuevo establecimiento. (*Repasando el registro.*) Berlina: cero, cero, cero..... Interior: D. Luis de Araujo, Doña Rosa Tafalla, D. Venancio Trigueros con su esposa Doña Quiteria Romeral, y su criada Lupercia Préjano. Falta un asiento. Rotonda: D. Facundo Gutierrez, D. Cesar Luzuriaga, D. Lucas García, estudiantes. Otro asiento desocupado, y con este son cinco. En tres cuartos de hora que nos quedan dificil es que se ocupen. ¡Mal viage vamos á echar! Pero, señor, ¡que hayan de ser tan sedentarios mis compatriotas! Por mas esfuerzos que hace la empresa para complacerlos, por mas que ha rebajado los precios establecidos en otras..... ¡nada! ¡Inmóviles!

:

Esto es un cargo de conciencia,
Nunca saldrán del parasismo
aunque les diga el catecismo
contra pereza, *diligencia*.

Acabad de colocar esos efectos en la vaca, y al mayoral que vaya aviando el ganado.

ESCENA II.

D. Luis. Rosita. el Administrador.

D. Luis. Buenos dias, amigo D. Benito.

Administrador. ¡Oh, Sr. D. Luis!.... Señorita.... Tomen ustedes asiento.

Rosita. Estamos bien. ¡Para lo que tardaremos en partir!

Administrador. Media hora larga.

Rosita. ¡Media hora todavía! ¡Buen Dios! Si antes lo sabe mi tio.....

D. Luis. ¿Qué ha de saber? Ocupado con el pleito..... Siempre á vueltas con el abogado, el procurador, el escribano, los porteros.... ¡Ya le ha caido que hacer! Y con aquella humanidad.... Para mover un pie necesita pedir permiso al otro.

Administrador. Supongo que ya se habrá celebrado el casamiento....

Rosita. Sí señor; anoche en el oratorio de mi tia. Pero casarse una asi.... en secreto.... entre bastidores como quien dice.... ¡Que mal hayan los tios que son tutores de sus sobrinas y no las dejan colocarse á su gusto!

D. Luis. Si al cabo nos hemos casado, ¿qué importa....

Rosita. ¿Y te parece poco sacrificio el renunciar á la comida de fonda, los parabienes de las amigas, los brindis, los madrigales, la broma, el baile de ordenanza.... ¡Y sobre todo el poder una decir: soy casada!

Administrador. Esas son pequeñas privaciones que no deben acibarar el pan de la boda.

Rosita. ¡El pan de la boda! ¡Sí, por esos caminos de Dios....

D. Luis. ¡Si es preciso!

Rosita. Ya lo veo.
¿Pero por qué cierto autor
con alas pinta al Amor,
con grillos al Himeneo.

D. Luis. Poco le honran, segun creo,
En Madrid, cara consorte.
La libertina cohorte
Ya en descrédito le puso,
Y avergonzado y confuso
Sale huyendo de la Corte.

Administrador. El viage es muy breve. Al anochecer llegan ustedes á Guadalajara.

D. Luis. Allí te recibirán mis padres con los brazos abiertos, y nada echarás de menos á su lado.

Rosita. ¡Oh! Bien puedes asegurarlo. ¿Qué echaria yo de menos? Las importunidades de un novio fastidioso; la presencia de un tutor avariento, que, sobre estarse comiendo lo que es mio, no me compraba un triste vestido sin hacérmelo ganar á fuerza de lágrimas y de ruegos.

D. Luis. A bien que pronto se verá precisado á entregarte tus bienes; y aunque todo lo haya estafado no te has de quedar por eso en la calle.

Rosita. Piérdale yo de vista, y todo lo doy por bien empleado.

Administrador. Perdonen ustedes que les deje solos. Tengo que dar órdenes, hacerme cargo de varias comisiones, arreglar...

Rosita. No se incomode usted por nosotros, don Benito.

ESCENA III.

D. Luis. Rosita.

Rosita. ¡Jesus! ¿Cuándo nos veremos fuera de Madrid? ¡Temo mas á mi tio...

D. Luis. No tienes motivo para temerle. Él no puede deshacer la boda.

Rosita. Puede armar un escándalo, acusarme de aturdida, liviana... poner en lenguas mi opinion... ¡Ay, querido Luis! Bien puedes decir que te amo de veras cuando he consentido en dar un paso tan aventurado, tan reprensible....

D. Luis. ¿Y qué otro arbitrio nos quedaba habiéndome negado tu mano tantas veces y con tanta humildad solicitada?

ROSITA. En fin, ya está hecho. Sea de mí lo que Dios quiera.

D. LUIS. La circunstancia de haber ido tú á pasar unos dias á Carabanchel en casa de tu tia nos favorece. Don Gerónimo no podrá figurarse que te has separado de ella, y mas ignorando que yo estoy en Madrid. Nadie sino tu tia y el administrador sabe nuestro secreto. Don Benito es amigo mio desde que estuvo empleado en Guadalajara, y yo respondo de su reserva.

ROSITA. ¡Calla... Oigo hablar ahí fuera... ¡Es la voz de mi tio!

D. LUIS. ¿Qué? Tú sueñas con tu tio.

ROSITA. No; no me engaño. ¡Soy perdida!

D. LUIS. Veamos... (*Acércase con precaucion á la puerta de la izquierda.*) ¡El mismo! Viene hablando con mi rival... Van á entrar aqui...

ROSITA. ¿Qué haremos? ¿Dónde ocultarnos...

D. LUIS. No sé... Aqui; detras del mostrador.

ROSITA. ¡Dios mio!

D. LUIS. ¡Pronto! ¡Pronto! (*Se ocultan detras del mostrador.*)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. D. GERÓNIMO. D. ALBERTO.

D. GERÓNIMO. No se canse usted, don Alberto. Mi viage está decidido, y no hay que hablarme de suspenderle.

D. LUIS. ¿Oyes?

ROSITA. ¿Adónde querrá ir...

D. GERÓNIMO. Si esta noche no duermo en Alcalá me va á dar una apoplegía.

ROSITA. Se vuelve á Alcalá. ¡Triste de mí!

D. ALBERTO. Siquiera hasta que se sentencie el pleito...

D. GERÓNIMO. ¡Calle usted, hombre! ¡Si eso es la vida perdurable! Y aun si fuera yo el interesado... Pero son cosas del ayuntamiento. Que comisionen si quieren á otro regidor para lidiar con la curia. Yo soy demasiado voluminoso para andar todo el dia de ceca en meca.

D. ALBERTO. Pero un viage tan precipitado...

D. GERÓNIMO. Cada uno se entiende y baila solo. Y, vamos, ¿qué cuidado le puede dar á usted de que yo me

ausente quedando Rosita en Carabanchel con mi hermana Casimira? Allí permanecerán las dos ocho ó diez dias: vendrán luego á Alcalá; las acompañará usted; se hará la boda, y punto redondo. ¿Va usted hoy por allá?

D. Alberto. Se supone.

D. Gerónimo. Pues despídase usted de ellas en mi nombre.

D. Alberto. Siento mucho que usted me deje tan pronto.

D. Gerónimo. Amigo mio, usted me ha obsequiado mucho, y en su casa lo he pasado como un príncipe; pero aquella escalera tan estrecha, tan tortuosa, tan fementida...

D. Alberto. ¿Qué quiere usted? Es casa propia, y mas vale sufrir en ella alguna incomodidad que pagar otra. Mis abuelos, mercaderes de lenceria como yo, la edificaron asi para aprovechar en lo posible el terreno.

D. Gerónimo. Cada vez que subo aquellos malditos escalones sudo á mares.

D. Alberto. Como ha dado usted en la flaqueza... de engordar tanto...

D. Gerónimo. Los hombros tengo llenos de contusiones; y con otra media pulgada que engordase seria forzoso que me bajaran y subieran por el balcon con una garrucha. ¡Uf!

D. Alberto. Por eso no se vaya usted. Le alojaremos en otra parte.

D. Gerónimo. No señor; no. A mi casa me vuelvo. Tan prensado me ha tenido usted, y tantas son las angustias que he pasado, que ya me pareceria estrecho albergue la plaza de los toros.

D. Alberto. Sin embargo, el gusto de vivir en la corte....

D. Gerónimo. Reniego de ella. No quepo por ninguna acera; todo el mundo tropieza en mí; los coches me tienen en continua agonía; el empedrado me desquicia; por un lado los pisaverdes que van talareando, haciendo piruetas y mirando á los balcones, por otro los burros de los yeseros, las carretas de carbon, los aguadores, la tropa que vá de guardia... ¡Oh! me hacen pasar la pena negra. Las gentes se me quedan mirando, y no falta quien se me ria en las barbas. ¿Cuándo le rifan á usted, señor? me dijo anteayer una naranjera. No hay cristiano que me quiera alquilar una calesa. Media pieza de paño necesité para hacerme esta levita; y en fin,

No hay sombrero que me venga;

Ni silla donde me siente;
Ni piso que me sostenga;
Ni bota que no rebiente;
Ni fonda que me mantenga.

D. Alberto. Cierto que es una calamidad esa crasitud tan desaforada, tan...

D. Gerónimo. Tan absurda. ¿Sabe usted lo que me sucedió anoche?

D. Alberto. Si usted no me lo dice...

D. Gerónimo. Pues señor, no sabiendo qué hacer de mi exagerada persona, y por no irme de la corte sin ver siquiera una funcion de teatro, tomo una luneta para el de la Cruz, fila tercera, núm. 11, y entro á ocupar mi asiento cuando ya se habia levantado el telon. ¿Piensa usted que podia yo pasar por aquellas termópilas de madera? ¡Qué sudores! ¡Qué congojas!... Por fin, remolcándome á mí mismo, ahora de frente, ahora de bolina, y merced á la cortesía con que me hacian paso aquellos señores, unos saliéndose al callejon y encaramándose otros sobre sus respectivas lunetas, emparejo con la mia; voy á sentarme en ella, pero era demasiado estrecha para albergar á mis atroces posaderas. A todo esto la representacion se habia interrumpido; la cazuela reia; las galerias bramaban; el patio me maldecia... ¡Siéntese usted! gritaban unos. ¡Fuera! clamaban otros. ¡Qué inconsideracion! ¡Qué abuso! decian unos elegantuelos almivarados detras de mí. ¿Por qué no toma un palco ese hombre? Otros me comparaban con la ballena del Diablo verde; otros... No hubo remedio. Saltando por un lado, arrastrándome por otro, y entre empellones, risotadas y silbidos tomé la puerta, no sin trabajo; y no logré respirar á mis anchas hasta que me ví en medio de la plazuela de Santa Ana.

D. Alberto. ¡Vaya, que fue chasco!...

D. Gerónimo. No me quiero esponer á otro semejante. Pero este administrador, que nos han dicho que volvia al momento... Y el caso es que aun tengo que cobrar aquella libranza... Vámonos, don Alberto. Tomás vendrá á recoger los billetes.

D. Alberto. ¿Los billetes? ¿Quién le acompaña á usted?

D. Gerónimo. Nadie.

D. Alberto. ¿Pues cómo siendo usted un solo individuo...

D. Gerónimo. ¡Esa es otra! Como la naturaleza se ha di-

vertido en hacer una hipérbole con mi persona, cuando vine de Alcalá tuve que tomar dos asientos por mi propia comodidad, y porque asi lo exigieron el administrador y los pasageros. Si hoy á la hora de partir me presento, todo yo, con un solo billete, sin remedio me voy á quedar á pie; y no quiero aventurarme á este nuevo contratiempo.

D. Alberto. Tiene usted razon. Si quiere usted que me quede yo para tomar los asientos...

D. Gerónimo. No; que tengo que hacer á usted varios encargos... Vamos, vamos. No se pierda el tiempo. Por fortuna estamos dos pasos de casa...

D. Alberto. Vamos.

D. Gerónimo. ¡Ay, cuál estoy! Dios me asista.
Yo voy á estallar, si luego
en las manos no me entrego
de algun médico Brusista.

ESCENA V.

DON LUIS. ROSITA.

Rosita. Ya lo has oido. Soy la criatura mas fatal... Huyendo del peregil me ha salido en la frente.

D. Luis. ¡Qué funesta casualidad! ¡Ocurrirle á ese hipopótamo salir de Madrid en el mismo dia y en la misma diligencia que nosotros!

Rosita. ¿Qué partido tomaremos...

D. Luis. No sé. Si pudiéramos evitar... ¡Imposible!

Rosita. Suspendamos nuestra marcha. Me volveré á casa de mi tia.

D. Luis. Aunque repito que tu tio ninguna autoridad tiene ya sobre tí, quisiera ahorrarte el disgusto de oir sus reconvenciones; pero mis padres nos esperan; todo está preparado, y es triste cosa el ver frustrados nuestros designios por un... Aguarda. Puede que no haya asientos. (*Toma el registro y le examina.*) Sí: uno en el interior... otro en la rotonda... tres en la berlina... ¡Ah! ¡Qué feliz idea me ocurre! No verá hoy don Gerónimo las torres de Alcalá.

Rosita. ¡Cómo! ¿Qué proyecto es el tuyo?

D. Luis. Ya lo verás. Es la cosa mas sencilla del mundo.

Mayor petardo... Pero... ¡ay desventurado de mí! ¿y la berlina? ¿Dónde hallar viajantes que la ocupen? No me faltan amigos, pero ya es tarde para buscarlos... ¡Ah! mi condiscípulo Esteban... Nadie mejor que un calavera deshecho como él... En el villar estará: sí; de fijo. Voy á ponerle cuatro letras... (*Se pone á escribir.*)

Rosita. ¿Qué estás diciendo? Llévcme el diablo si entiendo una palabra. ¿Te has vuelto loco?

D. Luis. Calla; calla, no me interrumpas... Ya basta. Aquí lo tendremos dentro de ocho minutos. (*A un mozo que aparece junto á la puerta grande.*) Muchacho! Corre al villar nuevo. Allí está al revolver de aquella esquina. Pregunta por don Esteban Garcés. Dále esta esquela. Volando. Toma este duro para beber. (*Vase corriendo el mozo.*)

Rosita. ¿No me esplicarás...

D. Luis. Se trata de imposibilitar el viaje de tu tio.

Rosita. ¿Y cómo puedes tu impedir...

D. Luis. El amor hace imposibles. Pero Tomás no tardará en venir por los billetes, y si llega á verte lo echamos todo á perder. Vuelve á esconderte detras del mostrador.

Rosita. ¡Tambien es fuerte trabajo el andar una... ¡Oh! si llego á enviudar no volveré yo á casarme...

D. Luis. ¡Bien mio...

Rosita. Clandestinamente.

D. Luis. (*A la puerta de la izquierda.*) Acaba de entrar en el zaguan un mozo con una maleta. ¿Si será...

Rosita. (*Asomándose por detras de don Luis.*) Él es.

D. Luis. Corre á esconderte.

Rosita. (*Ocultándose detras del mostrador.*) Tambien tú te ocultas...

D. Luis. (*Sentándose al mostrador.*) No; yo voy á ser administrador por pocos momentos. Aqui están los billetes: bien.

ESCENA VI.

DON LUIS. ROSITA. TOMÁS.

Tomas. ¿Es aquí, aunque usted perdone, donde se venden los boletines de la diligencia?

D. Luis. Sí. ¿Qué se ofrece?

Tomas. Dos asientos para Alcalá. Aquí traigo el dinero. (*Poniéndole sobre el mostrador.*)

D. Luis. ¿Para quién son?

Tomas. Para don Gerónimo Robledo.

D. Luis. (*Dándole los billetes.*) Tome usted. (*Devolviéndole unas monedas.*) Este dinero sobra.

Tomas. ¡Ah! ¿Conque...

D. Luis. Aquí se trata de servir bien á los caminantes y con la mayor equidad posible.

Tomas. (Me embolsaré estos cuartos.) Viva usted mil años. ¿A quién entrego estos chismes?

D. Luis. A aquel mozo.

Tomas. A la par de Dios. (*Entrega el equipage á un mozo, que lo acomoda en la vaca y váse.*)

ESCENA VII.

ROSITA. DON LUIS.

Rosita. Pero, hombre, ¿estás empecatado? Tanto deseo de impedir su viage; y tú mismo le das los billetes...

D. Luis. Yo me entiendo... Ya está aquí de vuelta el Administrador.

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES. EL ADMINISTRADOR.

Administrador. Perdonen ustedes. Este es un dia tan ocupado para mí...

D. Luis. El hombre está obligado á servir á sus amigos. Ahora acabo de despachar dos billetes en nombre de usted, y el que los ha tomado ha traido una maleta que he mandado acomodar en el carruage.

Administrador. Mil gracias, señor don Luis.

D. Luis. Como usted los tenia ya rubricados...

Administrador. En efecto.

D. Luis. Ahí tiene usted su importe.

Administrador. Está bien. Mil gracias.

Rosita. ¿Y qué va á ser de mí cuando venga ese hombre?

D. Luis. Vendrá. Eso es ya inevitable.

Rosita. ¿Cómo ocultarme...

D. Luis. No hay inconveniente en que te vea.
Rosita. Será capaz de matarme...
D. Luis. Desgraciado de él si te toca al pelo de la ropa.
Rosita. Me hará detener por la justicia...
D. Luis. Es imposible.
Rosita. Me atormentará por el camino...
D. Luis. Yo te aseguro que no.
Administrador. ¿Qué ha ocurrido? Sepamos...
Rosita. ¡Friolera! Que mi tio...
D. Luis. ¡Ah! Ya está aquí Esteban. ¡Acabaras de venir!

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES. DON ESTEBAN.

D. Esteban. Aquí estoy. ¿Te puedo servir en algo? ¿Qué apuro es ese...

D. Luis. El mayor en que se ha visto hombre. Es preciso que viages conmigo.

D. Esteban. ¿Cuándo?

D. Luis. Ahora mismo.

D. Esteban. ¡Pero, hombre... ¿Y adónde?

D. Luis. A Guadalajara, en la diligencia que va á salir dentro de un cuarto de hora.

D. Esteban. ¿Y cómo saco yo en tan poco tiempo mi pasaporte, cómo me hacen la maleta, cómo doy disposiciones...

D. Luis. Nada de eso es necesario. ¿Llevas contigo la carta de seguridad?

D. Esteban. Sí.

D. Luis. ¿Traes dinero?

D. Esteban. Cuatro onzas. Iba á jugar un partido... Si las necesitas...

D. Luis. No. Dígame usted, don Benito; ¿no está Alcalá dentro del rádio de seis leguas...

Administrador. Entiendo. Se puede viajar á esa ciudad sin pasaporte. Basta la carta de seguridad.

D. Luis. Pues bien; me acompañas hasta Alcalá, hasta Torrejon si no quieres alejarte tanto.... hasta la primera posta.

D. Esteban. ¡Vaya, que es capricho original el tuyo! Preciso es que tengas muy poderosos motivos para...

D. Luis. Ahora los sabrás. Señor Administrador, ¿hay inconveniente en que un mismo individuo ocupe dos ó mas asientos de la diligencia?

Administrador. Ninguno si los paga.

D Luis. Sea en hora buena. Pues ponga usted á nombre de don Esteban Garcés los tres billetes de berlina que están desocupados.

Administrador. Corriente.

D. Esteban. Poco á poco. A mí no se me lleva y se me trae como un dominguillo. Quiero saber antes...

D. Luis. Se trata de una calaverada. ¿Te negarás á cometerla, tú que cada dia te embarcas en una?

D. Esteban. Esas las hago yo y soy en ellas el protagonista; pero obligarme á ser parte de por medio en una farsa inventada por otro...

D. Luis. ¿Te negarás á hacer un beneficio á tu mejor amigo? ¿Reusarás tu proteccion á la belleza oprimida?

D. Esteban. El amigo, eres tú. La belleza, esta señorita, cuyos pies beso. ¿Quién es el tirano? Algun tutor, algun tio...

Rosita Sí señor: todo en una pieza.

D. Luis. ¡Y qué pieza!

D. Esteban. Soy de ustedes. No hay mas que hablar.

Aunque soy mala cabeza
siento en el alma piedad,
à la voz de la amistad
y al clamor de la belleza.

D. Luis. Rosita es mi esposa.

D. Esteban. Y es tan linda como su nombre. Búscame otra igual y me reconcilio con el matrimonio.

D. Luis. Su tio no queria unirme á ella.

D. Esteban. Hay muchos tios de ese genio.

D. Luis. Pero Rosita ha consentido en darme su mano en secreto.

D. Esteban. Hay muchas sobrinas de ese temple.

D. Luis. Y como yo la quiero mas que á mí mismo...

D. Esteban. Te has apresurado á casarte con ella. La consecuencia es clara.

D. Luis. El tio está ignorante todavia de lo que pasa. Por una casualidad he sabido que trata de partir á Alcalá en esta misma diligencia, y es preciso evitar á todo trance...

D. Esteban. Ya he dicho que soy tu cómplice.

Administrador. (*Sentándose á escribir.*) ¿Para dónde los billetes?

D. Esteban. Para donde usted quiera. Para Alcalá.

D. Luis. Toda la berlina es tuya. ¡Cuidado con dar en ella hospitalidad...

D. Esteban. Ni al lucero del alba.

Administrador. Voy á ponerle á usted en la hoja. Los billetes no son ya necesarios porque dentro de un instante los habia de recoger...

D. Esteban. Muy bien. Cobre usted. (*Dándole dinero.*)

Rosita. Gente viene.

Administrador. Los pasageros. Tome usted la vuelta, señor don Esteban.

ESCENA X.

LAS PRECEDENTES. DON VENANCIO. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA.

D. Venancio. (*Al Administrador dándole los tres billetes.*) Beso á usted la mano. Servidor de usted... ¿Está ya acomodado nuestro equipage?

Administrador. Sí señor.

D. Esteban. (*Aparte con don Luis.*) ¡Qué caricaturas!

D. Luis. No te burles de ellos, que puedes trastornar mis planes.

D. Venancio. Beso á usted la mano, señorita. (*Doña Quiteria hace una leve inclinacion á Rosita y se sienta.*)

Rosita. Estoy á los pies de usted, caballero.

D. Venancio. Está usted buena?

Rosita. Para servir á usted.

D. Venancio. Para mandarme. Guarde Dios á ustedes, señores. ¿Cómo están ustedes?

D. Luis. Sin novedad, á la orden de ustedes.

D. Venancio. Vivan ustedes muchos años. Yo...

D. Esteban. Gracias.

D. Venancio. Con este catarro...

D. Esteban. Me alegro mucho.

D. Luis. (*En voz baja.*) ¡Hombre...

D. Esteban. De conocer á tan urbano sugeto. (Llévele el diablo con tanto cumplimiento.)

D. Venancio. (*Aparte con doña Quiteria.*) Cara esposa, ¿por qué no saludas verbalmente á esa señorita?

Doña Quiteria. Porque ignoro cuál es su gerarquía, y no quiero esponerme á cumplimentar á una plebeya.

D. Venancio. ¡Qué infatuada estás con tu nobleza, dulcísima consorte!

Doña Quiteria. ¡Qué prolijamente civil te ha hecho Dios, y cuán apelmazadamente te interesas por la salud de cualquiera prógimo, delicioso dueño mio!

D. Luis. ¿Adonde bueno, caballero?

D. Venancio. A Jadraque, si usted no manda otra casa.

D. Luis. ¿Es usted natural de aquel pueblo?

D. Venancio. Para servir á Dios y á usted. Mi adorada esposa, y servidora de usted...

Doña Quiteria. (¡Hum!...)

D. Venancio. Que está presente, quiso venir á consultar á los facultativos de la corte acerca de un escirro que padece en salva la parte (*Poniéndose la mano en la cadera.*) desde su último alumbramiento.

D. Esteban. Será enfermedad inveterada.

D. Venancio. Yo le diré á usted. Ella parió... esto es, malparió por primera y última vez en el año 91.

D. Esteban. ¡Qué escirro tan pertinaz! Pero á bien que esta señora está robusta y en buena edad...

Doña Quiteria. (*Secamente.*) No señor; que ya tengo 70 años.

D. Esteban. No lo hubiera creido. Apenas representa usted 44.

Doña Quiteria. Necia lisonja, que no agradezco; bufonada insípida, que perdono.

D. Luis. Te has lucido.

D. Venancio. Como somos esposos tiernos, complacientes é inseparables...

D. Luis. Inseparables, ¿eh? (Bueno.)

D. Venancio. Bien que rara vez tenemos la misma opinion, la he acompañado en su viaje, y tambien esa moza, que es doncella suya hace 48 años; es decir, desde antes que dejase de serlo mi idolatrada Quiteria; y verificada la susodicha consulta sin ningun consuelo para la paciente, y con grave detrimento de mi bolsillo, regresamos al lugar de nuestro nacimiento y domicilio, donde ofrezco á ustedes una pobre choza, y mis cortas facultades, que de-

seo emplear en su obsequio, como su mas atento y afectuoso servidor, que sus manos besa...

D. Esteban. (*A don Luis.*) Madrid 27 de Mayo de 1834... ¿Hay mania como ella? Ya veo que me voy á divertir mucho en el viage.

Doña Quiteria. Amado esposo, me pudres con tantas ceremonias.

D. Venancio. Prenda del alma, quiero que sepan qüe en Jadraque se enseña buena crianza.

Doña Quiteria. Amor mio, eres insoportable.

D. Luis. ¿Con que ustedes siempre fieles, siempre unidos...

D. Venancio. Somos el olmo y la yedra para lo que usted guste...

D. Luis. ¡Edificante familia! Se sentarán ustedes juntitos los tres, por supuesto, y harán su viage como unos santos.

D. Venancio. No me separaré un momento de mi amada Quiteria, y de mi fiel Lupercia.

D. Luis. (¡Bravo!) Es usted un modelo de amor conyugal.

D. Venancio. Ya que es cruz el himeneo
Me resigno con mi estrella,
Aunque muchos, segun veo,
No pueden cargar con ella
Si no ayuda un cirineo.

D. Esteban. ¡Hola, hola! ¿epigramático tambien? (Este alcarreño es una alhaja.)

ESCENA XI.

Los precedentes. D. Facundo. D. César. D. Lucas.

D. Facundo. (*Dando los billetes al Administrador.*) *Salve.*

D. César. *Deo gratias.*

D. Lucas. *Dominus vobiscum.*

Administrador. ¡Oh! Ya está aqui la estudiantina. Bien venidos señores.

D. Facundo. (*Mirando á Rosita.*) (¡Lindísima criatura! Mejor que en *Broussais* estudiaria yo en ella el sistema fisiológico.)

D. César. (*Mirando á doña Quiteria.*) (¡Horrenda senectud! Mas fecha tiene que el Concilio de Trento.)

D. Lucas. (*Mirando á Lupercia.*) (¡Abominable espectro! Pase á la audiencia de Pluton y autos.)

Lupercia. (*Aparte con su ama.*) Observe usted, señora, observe usted con qué descaro nos miran esos estudiantes. ¡Libertinos!

Doña Quiteria. ¡Eh!... Calla.

D. Lucas. Supongo que todos los presentes vamos á ser compañeros de viage.

D. Venancio. Sí señor; y yo aprovecho esta coyuntura para ofrecer á usted mi inutilidad.

D. Lucas. Muchas gracias. Usted...

D. Venancio. Bueno para servir á usted. ¿Y usted?

D. Lucas. Sin novedad.

D. Venancio. Lo celebro infinito. ¿Y usted, caballero? ¿Qué tal lo pasa usted?

D. Facundo. Perfectamente, y mi compañero tambien, y damos á usted mil gracias por sus atenciones pasadas, presentes y futuras.

Doña Quiteria. (*Aparte con don Venancio.*) ¿Ves á lo que das lugar, dueño mio? Todos se burlan de tí.

D. Venancio. No tal, hermosa de mi vida. Ya ves con qué gracia se apresuran á vencerme en cortesanía. ¡Oh! pero de aquí á Guadalajara... ya veremos por quien queda la victoria.

D. Facundo. Usted será sin duda el respetable papá de esa señorita...

D. Venancio. Perdone usted. No me toca nada. Yo no soy mas que su humilde criado que besa sus...

Rosita. Este caballero es mi esposo.

D. Facundo. ¡Ah!... Muy señor mio.

D. Luis. ¿Ustedes irán á Alcalá...

D. César. Con harto sentimiento de que se hayan acabado tan pronto las vacaciones.

D. Luis. Quisiera pedir á ustedes un favor.

D. Lucas. Mándenos usted con franqueza.

D. Luis. Oigan ustedes aparte, con permiso de esas señoras. (*Habla aparte con los estudiantes.*)

Administrador. (*A la puerta del foro.*) Muchacho, dí al mayoral que vaya enganchando.

D. Facundo. ¡Bravo!

Doña Quiteria. ¿Has traido la antiestérica?

Lupercia. Sí señora: conmigo la llevo.

D. Facundo. ¿Tio ha dicho usted? ¡Guerra en él! Un tio es el que me hace á mí estudiar.

Doña Quiteria. Harto será que con el traqueteo del carruage....

D. Esteban. (*A Rosita mientras don Venancio habla con el Administrador.*) No hay cuidado. Si trata de incomodar á usted le daremos una cencerrada.

D. Lucas. Cuente usted conmigo. Soy enemigo declarado de los tutores. ¡Oh! ¡Si yo pudiera emanciparme tambien...

D. Luis. Ya está aqui.

ESCENA XII.

Los precedentes. D. Gerónimo.

D. Gerónimo. (*Llega jadeando.*) ¡Ah! Vengo á tiempo. ¡Loado sea Dios!

Rosita. (*A don Luis asiéndose de su brazo, y volviéndose de espaldas á don Gerónimo.*) ¡El tutor! ¡Llegó mi hora!

D. Gerónimo. Aqui estoy ya, señor Administrador.

Administrador. ¿Quién es usted?

D. Gerónimo. El que mandó tomar unos billetes hace poco...

Administrador. Ya; bien. ¿Y el otro?

D. Gerónimo. ¿Cómo el otro? Yo soy uno solo.

D. Esteban. ¿Uno solo? Parece increible; pero sin duda se apoya usted en sólidos fundamentos para asegurarlo.

D. Venancio. ¡Estupenda mole!

D. César. ¡Espantoso individuo!

D. Facundo. ¡Disparatado abdómen!

D. Lucas. ¡Hórrido pleonasmo de carne!

Lupercia. ¡Escandalosa corpulencia!

Doña Quiteria. ¡Ay! Dios le aleje de mi departamento. Toda la góndola es poca para él.

Administrador. (*A don Esteban.*) Hé aqui un animal que no ha sido descrito por Buffon.

D. Facundo. *Adspice convexo nutamtem pondere mundum.*

D. Gerónimo. ¿Qué aspavientos son esos? ¿Nunca han visto ustedes carne? Ya le he dicho á usted, señor Administrador, que yo soy dos, pero soy uno. Esto parece una

paradoja, pero ¿qué quiere usted? no todas las verdades tienen el privilegio de ser comprensibles. Me esplicaré. Ya ve usted qué tomo soy yo.

ADMINISTRADOR. Algo mas que razonable: ya lo veo.

D. GERÓNIMO. Pues en esta consideracion y por ser tan amante de mi comodidad como enemigo de molestar al prógimo, he tomado dos billetes para mí.

ADMINISTRADOR. Sábia precaucion, porque de otra manera ni yo podria dar á usted albergue, ni estos señores lo permitirian.

TODOS. ¡No! ¡No!

D. GERÓNIMO. ¡Eh! No hay que alborotarse. ¿No he dicho ya que traigo dos billetes...

ADMINISTRADOR. ¡Ah! Pues ahora caigo... Haga usted cuenta que no trae ninguno.

D. GERÓNIMO. ¿Por qué razon?

ADMINISTRADOR. Porque el uno es de interior y el otro de rotonda.

D. GERÓNIMO. No puede ser. Yo mandé á mi criado que tomase dos asientos de interior.

ADMINISTRADOR. (*A don Luis en voz baja.*) ¡Buena la ha hecho usted!

D. LUIS. (*Guardándose de que le vea don Gerónimo.*) ¡Es el tutor!

ADMINISTRADOR. ¡Ah!... (*A don Gerónimo.*) Su criado de usted no pidió asientos determinados, y se le dieron los únicos que habia vacantes.

D. GERÓNIMO. ¡Hombre! ¿Qué demonios está usted diciendo ahí? Y bien puede ser... Yo con la prisa, y el afan y la... no los he mirado todavia. Veamos. (*Saca y mira los billetes.*) Interior... Rotonda... ¡Es cierto! Ese torpe, ese gaznápiro de Tomás...

D. ESTEBAN. ¡Donosa aventura!

D. VENANCIO. ¡Rara casualidad!

LUPERCIA. ¡Cosas del diablo!

DOÑA QUITERIA. Asi nos veremos libres de él.

ADMINISTRADOR. No es mal chasco, vive Dios. (*Los tres estudiantes sueltan la carcajada, y los demas interlocutores, escepto don Gerónimo, hacen lo mismo.*)

D. GERÓNIMO. Señores mios, me parece á mí que no hay motivo para reirse tanto. Ya ven ustedes qué sério estoy yo. (*Al Administrador que está acabando de arreglar sus*

papeles.) A ver... ¡Usted! A ver cómo se arregla esto.

ADMINISTRADOR. Difícil me parece.

D. GERÓNIMO. Déme usted dos asientos unidos en lugar de estos.

ADMINISTRADOR. Para esta diligencia no puede ser; porque todos se han despachado. Para otra...

D. GERÓNIMO. ¿Qué otra ni qué rábano? Yo tengo precision de salir hoy de Madrid. Vamos me sentaré en el interior.

DOÑA QUITERIA. No en mis dias.

LUPERCIA. De ningun modo.

D. VENANCIO. No lo permitiré. Primero me han de hacer tajadas. Por lo demas, crea usted que mi mayor placer seria el poderle ser util en algo, y que desde ahora puede reconocerme por su servidor y apasionado amigo...

D. GERÓNIMO. Si pudiera colocarme en la berlina.

D. ESTEBAN. Imposible. La ocupo yo.

D. GERÓNIMO. ¡Cómo! ¿Toda?

D. ESTEBAN. No han de ser únicamente convenienzudos los gordos: yo, aunque magro, gusto tambien de estar á mis anchas.

D. GERÓNIMO. Pero, hombre, si le han de sobrar á usted las tres cuartas partes del asiento...

D. ESTEBAN. No lo crea usted.

D. GERÓNIMO. Si no es que quiera usted viajar tendido.

D. ESTEBAN. Cabalmente.

D. GERÓNIMO. (Asi viajan los atunes.)

D. ESTEBAN. Yo soy muy aficionado al descanso.

D. GERÓNIMO. ¡Sea todo por Dios! Me embutiré en la rotonda.

D. CÉSAR. *¡Abrenuncio!*

D. LUCAS. *¡Exi foras!*

D. FACUNDO. *¡Vade retro!*

D. GERÓNIMO. ¡Qué implacable caravana! Parece que se han conjurado todos contra mí. (*Risa general.*) ¡Eh! basta de risa, que no tengo ninguna danza de monos en la cara; y soy yo mucho hombre para que nadie se ria de mí.

D. VENANCIO. Ahi está el *quid* de la dificultad. Si no fuera usted mucho hombre se acomodaría en uno de los dos asientos vacíos, y Cristo con todos.

D. GERÓNIMO. Pues, amigo mio, yo no me puedo mondar.

ADMINISTRADOR. Cuanto yo puedo hacer en favor de usted,

es devolverle su dinero; pero no su maleta, porque ya no hay tiempo para sacarla de donde está.

D. Gerónimo. Yo no he tomado dos billetes para que viaje mi maleta.

D. Esteban. Déjela usted, que quizá viajará con mas aprovechamiento que muchos hombres.

D. Gerónimo. Y mas si me la roban en el camino. Pero, señores, por San Dionisio Areopagita, tengan ustedes compasion de mí. Que se traslade uno del interior á la rotonda, ó de la rotonda al interior: asi quedan dos asientos unidos á mi disposicion, y todo se arregla.

D. Venancio. Yo no desamparo á mi adorada mitad.

Doña Quiteria. Yo no me separo de mi marido y conjunta persona.

D. Gerónimo. Bien. No se turbe por mi causa la ventura de tan compacto matrimonio. Yo no trato de divorciar á ustedes. Pero esta otra señora...

Lupercia. ¿Quién? ¡Yo! Interpolarme á mí con tres estudiantes! ¡A mí, que soy del estado honesto! ¡A mí...

D. Gerónimo. No creo yo que el pudor de usted corra tanto peligro...

Lupercia. ¡Ay ama mia! Las carnes me tiemblan. No permita usted...

D. Esteban. (¡Bruja de Lucifer! ¿Qué mas quisiera ella...)

D. Gerónimo. Bien. Estos caballeros estudiantes tendrán la bondad...

D. César. Perdone usted, hermano.

D. Lucas. Dios le ampare á usted.

D. Facundo. No ha lugar.

D. Gerónimo. ¿Con que no hacemos nada?

D. Venancio y su familia. Nada.

Los Estudiantes. Nada.

D. Esteban. Nada.

Administrador. (*A un mozo desde la puerta.*) Muchacho, entrega esta hoja al mayoral.

D. Gerónimo. (*Dando la vuelta.*) Usted, señorita, cuya cara no he visto todavia... ¡Cielos! ¡Mi pupila!

D. Venancio y su familia. ¡Su pupila!

D. Gerónimo. Qué haces aquí, picarona?

D. Luis. Nada de insultos, señor don Gerónimo.

D. Gerónimo. ¡Qué veo! usted tambien!

D. Luis. Servidor de usted.

D. Gerónimo. ¡Justicia! ¡Cárcel! ¡Destierro! ¡Patíbulo! ¡Escomunion!

Administrador. ¡Silencio! ¡Aquí no se grita!

D. Esteban. ¡Calle el avestruz!

D. Facundo. ¡Afuera, afuera el loco!

D. César y D. Lucas. ¡Afuera!

D. Gerónimo. (*Gritando.*) ¡Eh! A mí no se me aturde con asonadas. ¡La guardia! ¿No hay quien prenda á un corruptor, á un engañador, á un raptor, á un traidor, á un seductor...

D. Luis. (*Gritando tambien.*) No soy nada de eso, y soy mas que todo eso. Soy su marido.

D. Gerónimo. ¿Su marido? ¡Oh! ¡oh!... ¿Y tú no le desmientes, desdichada?

Rosita. No señor. Me he casado.

D. Gerónimo. ¿Te has casado?

Administrador. Se ha casado.

D. Luis. Nos hemos casado.

D. Gerónimo. ¿Os habeis casado? ¡Ah!... ¡Se han casado! (*Risa general.*) Pues ¡qué! ¿no estabas en casa de mi hermana Casimira? ¿Cómo has burlado su vigilancia? ¿Cómo...

Rosita. Lo sabe todo. Ha sido mi protectora y mi madrina.

D. Gerónimo. ¡Horrendo fratricidio! No importa. Usted y yo nos veremos las caras, so libertino, so...

D. Luis. Poco á poco. A mí no me hable usted gordo.

D. Gerónimo. Yo no puedo hablar flaco. ¿Está usted? Tomaré mis providencias; acudiré á los tribunales...

D. Luis. ¡Boberia!

D. Gerónimo. ¿Bobería? Soy tio, soy tutor. Serán ustedes detenidos, secuestrados. Ella irá á San Nicolás, y usted al Saladero.

D. Esteban. Hombre, quien debia de ir al Saladero es usted.

D. Gerónimo. ¡Socorro...

ESCENA XIII.

LOS PRECEDENTES. DON ALBERTO.

D. Gerónimo. ¡Ah, señor don Alberto! El cielo me le envia á usted.

D. Alberto. ¿Pues qué sucede?

D. Gerónimo. Mil infortunios, mil infamias. Allí la maleta: yo en Madrid: dos billetes, y ninguno: estoy en berlina hace un cuarto de hora, y no hay berlina para mí: falto en el interior, sobro en la rotonda, y por último... se han casado!

D. Alberlo. Esplíquese usted. ¿Quién diablos ha de entender esa algarabía?

D. Gerónimo. (*Mostrando á Rosita y á don Luis.*) Mire usted, mire usted y cáigase muerto...

D. Alberto. No; eso de caerme muerto... ¡Ah! Bien. Habrá sabido Rosita que se marcha usted; vendrá á despedirse...

D. Gerónimo. No señor, no señor. Aquel es su marido. ¡Se han casado!

D. Albeuto. ¿De veras? Estoy absorto.

D. Gerónimo. Algo mas que absorto. Está usted enfurecido, escandalizado, rabioso...

D. Alberto. Yo le diré á usted. Yo...

D. Gerónimo. No perdamos tiempo. Acuda usted al repeso, á la policía, al principal, al resguardo, á la Junta de sanidad... Alegue usted sus derechos y los mios. Se anulará ese consorcio clandestino. (*Rechifla de los estudiantes y de don Esteban.*)

D. Alberto. ¿Cuándo se ha casado usted, señorita?

Rosita. Anoche.

D. Alberto. (*Mirando el reló.*) Ya es tarde y tengo mucho que hacer. Sea en hora buena, y Dios les dé á ustedes fruto de bendicion.

D. Gerónimo. Pero, hombre...

D. Alberto. Yo no gusto de pleitos, y mucho menos siendo de esa clase. Tome usted esta carta que le remiten de Alcalá con un propio. A eso venia. Páselo usted bien, y déjese ahora de inútiles campanadas. A lo hecho pecho.

D. Gerónimo. ¡Oiga usted...

D. Alberto. No tengo nada que oir. Pues ¡qué! se anula así como quiera... ¡Cáscaras! A la orden de ustedes.

D. Venancio. (*Siguiéndole hasta la puerta.*) Beso á usted la mano, caballero. Soy muy de usted. Para servir á usted....

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES. MENOS DON ALBERTO.

D. Luis. Es hombre prudente mi rival.

Rosita. Ahora veo que cuando me decia amores hablaba por boca de ganso.

D. Gerónimo. Estoy petrificado. ¿Qué me dirán en esta carta? Veamos. (*La abre y la lee para sí.*)

Administrador. Ea, señoras mias, caballeros, vayan ustedes ocupando sus respectivos asientos. Las once van á dar.

D César. (*Subiendo al carruage; sus compañeros hacen lo mismo.*) Vamos allá, camaradas.

D. Facundo. ¡La rotonda es el departamento de las ciencias! *¡Oh tempora! ¡Oh mores!*

D. Lucas. ¡Paso á tres bachilleres! ¡Huid, profanos!

D. Facundo. ¡Paso á las tres facultades!

D. Venancio. Las mias son escasas; pero cuente usted con la...

Doña Quiteria. Dame la mano, dulce bien; y no seas incivil conmigo por ser atento con los demas.

D. Venancio. Dices bien, ojos mios. ¡Arriba! Ahora á tí, mi buena Lupercia.

Lupercia. Dios se lo pague á usted.

D. Luis. (*Ayudándola á subir.*) Vamos, Rosita.

Rosita. ¡Ahora va á ser ella!

D. Gerónimo. ¡Cielos! ¿Qué acabo de leer? Soy perdido si hoy no salgo de Madrid. (*Viendo ocupada la diligencia escepto la berlina.*) ¿Qué es esto? ¿Ya se van ustedes empaquetando? ¿Y yo?

Administrador. No hay posada. Monte usted, don Esteban.

D. Esteban. (*Tomando posesion de la berlina.*) No hay mus. Asi se castiga á un tutor inicuo y avariento.

Unos. ¡Largo!

Otros. ¡Fuera!

D. Venancio. ¿Manda usted alguna cosa para Jadraque? Sabe usted que me tiene á su disposicion y que deseo...

D. Gerónimo. ¡Malos lobos le coman á usted! Si tanto desea servirme, hágame un ladito...

Todos. (*Con algazara.*) ¡Nada! ¡Nada! ¡Fuera!

D. Gerónimo. ¡Por Dios, señores! Yo me compendiaré; yo me acurrucaré.

D. Esteban. ¡Lejos, lejos de nosotros tan nefanda grupa!

Rosita. ¿Sabes que ya me da lástima...

D. Luis. No la merece. ¿La tuvo él de tí?

D. Gerónimo. Señor Administrador, por el emperador Gordiano, por don Bermudo el Gotoso, y por don Sancho el Craso, duélase usted de mí. Este viage me interesa, me urge mas de lo que usted piensa. Mire usted que en esta carta me dicen que está peligrosamente enfermo un primo mio millonario: mire usted que no ha testado todavia, y que tiene otros cuatro primos á la cabecera. No soy desagradecido. Luego que recoja la herencia le prometo á usted...

Administrador. ¿Cómo se entiende? Yo no me dejo sobornar.

D. Gerónimo. Pues bien; sin soborno... acomódeme usted aunque sea en el pescante.

Administrador. Imposible. Lo ocupan el mayoral y dos mozos de casa.

D. Gerónimo. ¡Ay virgen de Cobadonga! ¡Y las once están al caer!

Administrador. Y al sonar la última campanada ya irá la góndola echando demonios.

D. Facundo. No le queda á usted mas que un arbitrio si quiere hospedarse en ella.

D. Gerónimo. ¿Cuál? Dígamelo usted. Ilumíneme usted...

D. Facundo. Dejarse partir por medio.

D. Gerónimo. ¡Antropófago!

D. Venancio. Conque hasta mas ver. Páselo usted bien. Manténgase usted tan gordo...

D. Gerónimo. ¡Asesino! ¿Para verme en estas angustias? Quisiera ser ahora una momia de Alepo.

Rosita. ¡Eh! Ya le hemos mortificado bastante. Señor tio, aunque el abuso criminal que ha hecho usted para conmigo de sus derechos de tutor no le hacen digno de consideracion alguna por mi parte; aunque, no contento con las crueles privaciones que me ha hecho usted sufrir, queria esclavizarme, venderme vilmente al sórdido interés; yo soy generosa, y en el dia de mi mayor felicidad no quiero ver á nadie... ni aun á usted, afligido y desesperado. El señor don Esteban le permitirá á usted sentarse en la berlina.

*

D. Esteban. Señorita...

Rosita. No es á él á quien hace usted ese obsequio sino á mí.

D. Esteban. De ese modo no replico. (*Empiezan á dar las once.*)

D. Gerónimo. Allá voy...

Rosita. ¡Alto ahí! Antes se ha de sujetar usted á una condicion.

D. Gerónimo. ¿Cuál?

Rosita. Apruebe usted primero y bendiga mi matrimonio.

D. Gerónimo. ¡Eso no! Mi rencor será eterno. Primero me...

Todos. ¡Las once!

D. Gerónimo. ¡Las once! ¡Ah! Sí: yo te ben...

Una voz. (*Dentro.*) ¡Zagala! ¡Valerosa! (*Risotadas de los viageros y desaparece la góndola.*)

D. Gerónimo. ¡Pára! ¡Malditos... ¡Pára! ¡Sí! A otra puerta. ¿Quién alcanza ese escomulgado faeton?

Administrador. ¡Corra usted!

D. Gerónimo. ¿Qué he de correr? A los diez pasos no tendria ya bofes en el cuerpo. ¡Voto á brios... ¡Y mi primo;... el testamento;... los albaceas... ¡Misericordia!
Ya me pueden enterrar.

Administrador. ¿Se aflige usted? No me espanto,
porque hombre que pesa tanto,
¿no ha de morir de pesar?

D. Gerónimo. No; que aun puedo soportar
la ojeriza de mi signo
y de mi panzon indigno
la insolente contumacia...
si no he perdido la gracia
de este auditorio benigno.

FIN.